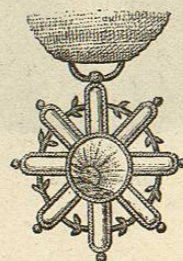


caban en Viena. Pero aun hizo más. Fundó la Constitución belga, que, influyendo indirectamente sobre la marcha de los tiempos, se convirtió en la bandera que siguieron todas las constituciones futuras. Además, consagró el principio de las nacionalidades, que iba á ejercer directamente su influencia sobre una serie de Estados, en los cuales los pueblos sometidos al yugo de sus amos, llevaban aún las cadenas del esclavo. Así, pues, en dos nuevas direcciones el movimiento belga dió dos nuevos golpes, no menos

directos, al centro mismo de las doctrinas y de las creaciones del gabinete de Viena, golpes que vinieron á unirse al que la Revolución de Julio acababa de darles. Efectivamente, de esta suerte se quebrantaron por el choque directo y violento, de una parte las viejas teorías de los hombres de Estado austriacos sobre los antiguos Estados representativos, y de la otra, el sistema de fusión de los pueblos tal cual lo había puesto en vigor el Congreso de Viena.» — GERVINIUS.



Persia: Condecoración del Sol y el León



CAPITULO XXXIX

PROPAGACIÓN DEL SISTEMA REPRESENTATIVO EN LA ALEMANIA DEL NORTE

Estado de tranquilidad en la mayor parte de Alemania, en donde no llegó á turbarse.—*Sajonia*: Tumultos en Leipzig.—Movimientos en Dresde.—Promesa de una nueva Constitución.—*El ducado de Brunswick*. Incendio del castillo y fuga del duque Carlos.—Gobierno provisional del duque Guillermo.—Regreso y expulsión del duque Carlos.—*La Hesse electoral*: Motines en Kasel.—Guerra civil en la Alta Hesse.—Convocación de una Dieta Constituyente.—Agitaciones en Thuringia, en el Holstein y en el gran ducado de Oldenburg.—*El Hannover*: Agitación en Goettinga y Osterode.—Victoria del movimiento en el momento de su ruina.—La Dieta germánica.—La Dieta germánica contra el duque de Brunswick.—Resultados.

SI la Revolución de Julio hizo en Alemania el efecto de despertar tras un pesado y largo sueño; la revolución de los Países Bajos y la separación de Bélgica, produjo todos los efectos de la más grande sorpresa. Nadie se podía dar cuenta de lo que pasaba en el mundo ni de lo que era de esperar ó de temer. Sin embargo, aun las cosas no habían tomado en los Países Bajos el carácter de ruptura entre los dos Estados que les integraban, cuando ya en Alemania se principiaron á sentir los primeros síntomas de la agitación. Sintieron, como es natural, en aquellos países en donde pesaba con más fuerza la mano de Austria, pues, mientras en Baden todo se redujo á grupos en las calles que no llegaron á tener significación alguna, en Baviera las manifestaciones fueron de confianza y simpatía por la dinastía reinante, mientras en el Wurtemberg todo pasó como si tal cosa.

En Austria, en donde el sistema tenía raíces en la apatía y mansedumbre de los austriacos, en Austria, á pesar del descontento producido por la in-

roducción de ciertos recargos en las tarifas de consumo y la introducción de las quintas en algunos países como el Tirol y el Voralberg, hasta entonces exceptuados, no ocurrió el menor disgusto, y lo mismo sucedió en Hungría, hasta aquí siempre apartada de las corrientes políticas modernas y en donde el presidente de la Cancillería Aulica, Adam Reovitzky, había sabido desorganizar la oposición, introduciendo á sus jefes dentro del gobierno y administración del Estado, convenciendo al emperador de la necesidad de respetar escrupulosamente la Constitución húngara, y hacer una gran cuestión nacional del coronamiento del hijo del emperador como rey de Hungría, con lo cual satisfacía lo mismo á los amigos del boato que á los sencillos patriotas húngaros que creían que la banalidad de tal ceremonia era una consagración más de su autonomía, y como la convocatoria para la solemnidad y reunión de la Dieta se hizo diez días antes de que estallase la Revolución de Julio, los acontecimientos interiores no dejaron tiempo para

los exteriores que, si no pasaron desapercibidos, no acalaron más que á una minoría que se abstuvo prudentemente de toda agitación.

Donde el sistema político austriaco en Alemania había llegado á echar raíces, gracias, como dice Gervinius, «al aislamiento intelectual y político de las diversas partes de Alemania, á la casi absoluta carencia de clases medias instruidas y más fáciles de excitar que las de otros países, por perseverar en su embrutecimiento secular,» en estas provincias alemanas todo iba como en Austria. Pero en los países fronterizos, en donde llegaban como de rebote los gritos y los tiros de Bruselas, el quietismo

vino á turbarse fatalmente en virtud de la misma esencia de las cosas, tanto, que quienes daban mayores seguridades de que el orden no se turbaría eran los jefes de las oposiciones.

No fué en las provincias occidentales de Prusia, lindantes con los Países Bajos y Francia, en donde el efecto se hizo sentir con mayor intensidad, aun cuando fuera en donde el movimiento se presentara desde luego con los mismos caracteres que en Bélgica, porque al fin y al cabo la razón era la misma. Así, á la agitación y tumultos de Verviers sucedieron inmediatamente los de Aquisgran, 30 de Agosto, que se extendieron por algunos pueblos vecinos,



SIR JAMES GRAHAM

entregándose los obreros á toda clase de excesos contra las fábricas. No se olvide que estamos en el comienzo de la gran transformación mecánica del trabajo, y que sus ventajas no eran comprendidas por los obreros que no veían por de pronto más que la reducción de la mano de obra. En donde la agitación se presentó más imponente, no movida por el efecto político sino por cuestiones de interés local, fué en Hamburg, Karlsruhe, Mannheim y Breslau, y aun en estos puntos influyó más que la situación de Francia y la de los Países Bajos, la Revolución de Sajonia y la de otros países en donde «las tendencias negativas del sistema seguido por los gobiernos habían ahogado toda vida pública, poniendo á la lengua como á la prensa una mordaza. El pueblo había perdido en estos países sus antiguas instituciones jurídicas, sin haber conseguido una indemnización, como había sucedido en la Alemania del Sud. Un descontento extremado había sido por lo demás provocado por la manera con que habían abusado funcionarios brutales é incapaces de su au-

toridad, haciéndose los instrumentos del sistema adoptado por los gobiernos para tener á sus súbditos bajo su tutela. La falta de toda independencia por relación á la economía política, que hacía que ninguno de esos países se pudiera bastar á sí mismo; la manera artificial como se habían cerrado sus fronteras; la monstruosa conservación de los privilegios conferidos á la nobleza; el gradual decaimiento de todos los recursos de esos países, en donde, sin embargo, el Estado cargaba cada día más al pueblo de impuestos, el peso abrumador de las contribuciones mal repartidas, todas esas causas reunidas, en fin, habían hecho que por todas partes reinara la miseria y la pobreza. La miseria, pues, se había hecho general, no sólo entre la gente del campo que no podía aprovechar la abundancia de los años fértiles, mientras que los años de carestía no les dejaban recursos para proveerse de lo más indispensable, sino también entre las clases comerciales é industriales, cuyas necesidades parecían cosa corriente para los gobiernos, puesto que no sabían

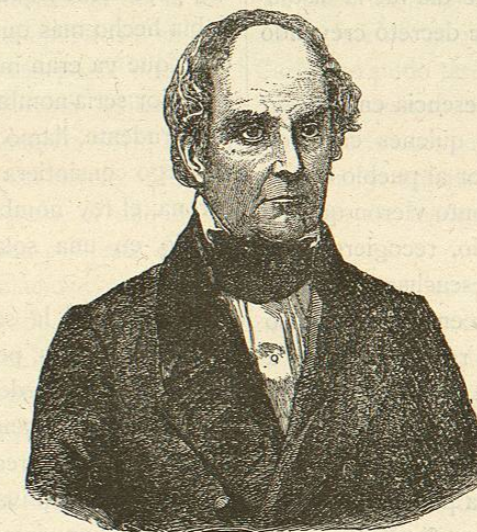
juzgarlos con claridad de espíritu, ni consagrarles el menor interés real.

»Es por esto que la parte más sólida de la población de esos Estados se dejó arrastrar por todas partes de una manera duradera por el movimiento que acaba de producirse; así prevaleció por todas partes de esta ocasión favorable que se le ofrecía para atacar los vicios de las instituciones políticas que la regían. Así lo que había sido hasta aquí una agitación local y accidental, tomó de golpe y en todas partes por decirlo así espontáneamente el carácter de una revolución política.»

Sí, pues, la agitación sentida en los países fronte-

rizaros, resonó desde luego con mayor viveza en el extremo opuesto, bien se ha de ver que fué por cumplir aquella ley dinámica que explica dónde se deja sentir con más fuerza la resultante de toda sacudida.

Recuérdese en que estado hemos dejado á Sajonia, en donde las cuestiones religiosas amenazaban el reposo público, y fué con motivo de la celebración de las fiestas conmemorativas,—25 á 27 de Junio,—de la aceptación de la confesión de Augsburgo por el emperador,—25 á 27 de Junio,—cuando se principió á turbar el orden por el pueblo que se entregó á manifestaciones inconvenientes contra los católicos



DANIEL WEBSTER

y el catolicismo, dando lugar á una enérgica intervención de la policía. Esto sucedía lo mismo en Dresde que en Leipzig, tomando carácter más grave en esta ciudad á causa de no haber hecho nada las autoridades para dar más realce á la solemnidad de aquellos días.

No se había calmado aún la agitación por tales manifestaciones causada á causa de la represión que siguió cuando llegaron las primeras noticias de lo ocurrido en París, que el gobierno quiso ocultar, prohibiendo que de ello hablara la prensa sajona. Pero en contra de su disposición venían los mismos diarios de París, que eran leídos y comentados por todo el mundo.

En Dresde como en Leipzig, las autoridades públicas avisadas por hombres prudentes, no quisieron nunca creer en la posibilidad de conflicto alguno, tanto que por causa de las repetidas instancias del jefe de policía que veía como se iba formando la tempestad, el conde Einsiedel, para que no le moles-

tara más el gobierno le mandó á tomar aguas. Tan grande y ciega era la confianza del gobierno.

La tempestad no estalló primero en Dresde sino en Leipzig, en donde la conducta de la policía durante los acontecimientos de Junio, tenían soliviantada la población.

Presentábase aparentemente la cuestión como local, como efecto del régimen económico y administrativo de Leipzig y de la buena ó mala conducta de su ayuntamiento; pero en el fondo lo que mantenía viva la agitación era el recuerdo de lo que había pasado en París y de lo que estaba pasando en Bélgica. Latente la agitación, irritados los ánimos, el menor incidente podía dar pié al más grave conflicto, y así sucedió á propósito de una boda,—2 de Setiembre,—en la que hubo algunos platos rotos, y como la policía interviniera y atropellara á un aprendiz herrero, ya no se necesitó de más para que estallara en todas partes el conflicto, persiguiendo el pueblo tenazmente á la policía. Al día

siguiente,—3 de Setiembre,—el consejo municipal dió pié para que creciera el tumulto, convocando á los representantes de la burguesía, á quienes pidió su concurso para impedir que de nuevo se turbara el orden; pero en esta ocasión tuvo que sufrir los más amargos reproches por parte de los que le acusaban de haber dado pié al descontento público con su desgobierno.

Pública esta actitud de la burguesía, al caer la noche, el pueblo invadió las calles é indistintamente se puso á atropellar á los policías detestados como á los fabricantes que no habían aprendido aun á tratar las masas de obreros que empleaban con el miramiento debido. Resultado de este día fué la disolución del cuerpo de policía, que se decretó creyendo así apaciguar al pueblo.

Motivaron estos hechos la presencia en Leipzig de dos comisarios del gobierno quienes creyeron que hablando en tono amenazador al pueblo conseguirían ser temidos; pero tan pronto vieron que las cosas iban á pasar de otro modo, recogieron sus provocaciones y se dispusieron á escuchar las quejas que se les hicieron, lo cual, sabido en Dresde, causó gran disgusto al gobierno, que resolvió enviar á Leipzig al príncipe Federico para que impusiera su autoridad personal.

Cuando en la capital se supo cómo había acabado el duro y depresivo gobierno de la policía, resolvióse acabar con ella por igual procedimiento, y en efecto, los funcionarios públicos detestados se vieron acosados en todas partes; pero en Dresde parecía que el tumulto llevaba una dirección determinada, pues desde un principio se pudo ver á lo que se tiraba.

Asaltó, pues, el pueblo desde luego la Casa de la Ciudad,—9 de Setiembre,—y quemaron todos sus papeles, lo cual fué naturalmente motivo para que el gobierno hiciera salir á la calle un batallón de cazadores que había demostrado ser muy duro durante las ocurrencias de Junio, creciendo naturalmente á su vista la agitación y el espíritu de resistencia, hasta el punto de que intimidado el batallón tuvo que retirarse, saliendo al día siguiente de la ciudad.

Cuando el rey se enteró en Pillnitz, en donde á la sazón se encontraba, de las ocurrencias de la capital, manifestó agriamente á sus ministros su disgusto por la ignorancia en que habían estado y en que le habían tenido sobre lo que se estaba tramando, y como los ministros habían tenido ocasión ya de convencerse de cuán impopulares eran, presentaron sus dimisiones que les fueron inmediatamente acep-

tadas, siendo este el primer triunfo de la revolución sajona.

Sin embargo, Linsiedel no dejó el poder sin prestar un verdadero servicio al trono y á la dinastía, demostrando que, si ignoró la conspiración, conocía las causas que la hicieron estallar. Al retirarse, pues, de los negocios, aconsejó al rey que nombrase co-regente á su sobrino Federico y que pusiese á éste al frente del gobierno.

No quiso el rey ceder de buenas á primeras, limitándose á nombrar al príncipe Federico, presidente de una comisión encargada de oír las quejas de los pueblos y proponer los medios de satisfacerlas; pero viendo que con esto y el favor popular no había hecho más que crecer la importancia del príncipe, que ya eran muchos los que no ocultaban que lo mejor sería nombrarlo rey, el viejo monarca, siempre prudente, llamó á su hermano y como éste desde luego consintiera en renunciar sus derechos á la corona, el rey nombró á su hijo co-regente, anunciando en una sola proclama entrambas resoluciones.

Inmensa fué la satisfacción del pueblo sajón en los primeros días, pero bien pronto creyó observar que el príncipe Federico no iba tan lejos como ellos se figuraban, y cuando se supo que era una de sus ideas favoritas la reorganización de la Guardia nacional, lo cual equivalía á su desarme, la satisfacción se convirtió en recelos y estos recelos fueron expuestos al príncipe, quien les contestó «que la confianza engendra la confianza,» palabras que en pocos días dieron la vuelta al mundo, como si se hubiese descubierto una verdad trascendental.

Apaciguáronse los ánimos y entonces se pudieron oír las enérgicas reclamaciones de los cuerpos municipales y demás organismos del país, como la Asociación de librerías de Leipzig, que reclamó enérgicamente la libertad absoluta de la prensa, y con esto se principió á hablar de una reforma profunda en las instituciones políticas del país. En efecto, se encargó al canciller von Koerneritz la redacción de un proyecto de constitución que se sometería á la discusión de los Estados, pero como estos no debían reunirse hasta 1832, con razón se creyó que esto era aplazar las reformas políticas que todos pedían y renació la agitación popular, produciéndose sangrientos choques que dieron por resultado el desarme de la Guardia nacional, con lo cual no se hizo más que avivar el descontento público, que se procuró desvanecer, convocando por extraordinario á los Estados, de cuya sesión había de salir la Constitución de 4 de Setiembre de 1831.

En Brunswick las cosas tuvieron mayor parecido con lo ocurrido en París, pues no faltó allí su duque de Orleans.

Quiso la casualidad que el duque Carlos de Brunswick se encontrara en París durante los días mismos de la revolución, de donde salió bien convencido, lo que acredita su carácter fanfarrón, que de haber sido él un Carlos X no le hubiese ocurrido lo que pasó á éste; así se marchó á sus Estados con el propósito firmísimo de demostrar su energía. Ya con esto el pueblo tenía más que suficiente para sentirse desafiado por su insolente y disoluto duque, que no ocultaba sus propósitos de ametrallar al pueblo al primer movimiento, y como un día al salir del teatro se arrojaron algunas piedras á su coche, al otro día contestó mandando poner doce cañones en batería en el cuartel de San Egidio. La provocación fué recogida, y el pueblo envió comisión tras comisión para obtener del duque satisfacción por aquella provocación; pero el duque se mantuvo más enérgico que nunca, y á este efecto mandó poner artillería en su palacio y concentrar en él todos los fondos del Estado, concentrando igualmente las tropas, sobre cuya lealtad hacía mal en contar, porque el duque tenía profundamente disgustado su pequeño ejército, incluso al general á quien ahora confiaba su defensa.

Como el pueblo sabía de sobra que el ejército participaba de su modo de ver, no tuvo reparo en acercarse al palacio amenazando asaltarlo, bastando su actitud para que el duque no pensase más que en escapar, como así sucedió en efecto, coincidiendo su fuga con la escalada de palacio.

Dueño el pueblo de palacio y retiradas las tropas al jardín, el palacio fué entregado á las llamas. A la vista del incendio y de la devastación, las tropas, sin que nunca se haya podido averiguar quién dió la orden, lo cual prueba que fué un acto espontáneo delante de aquel hecho vandálico, hizo fuego. Dispersáronse los incendiarios, pero á poco fué todo el pueblo el que se presentó haciendo causa común con ellos, que tan grande y profundo era el odio que los de Brunswick sentían por su duque. Entonces el general que allí mandaba las tropas y á quien el duque Carlos había dejado el mando durante su ausencia, se retiró, quedando la revolución triunfante, pero no sin que el duque llamara traidor á su general.

La nobleza y los grandes burgueses pensaron desde luego en transmitir la corona ducal al hermano del fugitivo Carlos, á Guillermo que estaba en Prusia sirviendo en su ejército, y mientras esto se dis-

cutía y se buscaba la fórmula para salvar todas las susceptibilidades y responsabilidades de Guillermo, éste se presentó de improviso en Brunswick, declarando que venía á defender los derechos de su hermano.

Comedia todo esto, Guillermo no se hizo de rogar, tomó el gobierno del ducado y escribió á su hermano á quien reconocía como su soberano. Este que se había ido á Londres, como el rey de Holanda, en busca del apoyo de Wellington, creyendo en la sinceridad de su hermano, legalizó su situación, nombrándole su lugarteniente; pero Guillermo no quiso hacer uso de ese nombramiento que le comprometía vis á vis de su hermano, y continuó siendo el jefe de la revolución, obrando como á tal. Carlos no pudo tardar en convencerse de la traición de su hermano, que le enviaba sus representantes, para que le convencieran de la necesidad de su abdicación, y mientras con ellos discutía, se escapó de Londres de incógnito resuelto á reconquistar su ducado.

Para la reconquista no contaba el duque más que con las fuerzas y simpatías de su inquieta imaginación, pues ni Londres, ni Berlín, ni Viena, ni Francfort, demostraron por él el menor interés, de modo que cuando se presentó con una partida de ochenta hombres en la frontera de su ducado, bastó que el oficial encargado de su vigilancia mandara «apuntar» á sus soldados para que la partida se desbandara y regresase el duque á Francfort, de donde salió para el extranjero, sin que lograra jamás ver á su patria.

Tranquilo y firme ya el gobierno del duque Guillermo, éste tardó dos años en dar á los de Brunswick la Constitución que se habían ganado, pues durante dos años todo fué traer y llevar los antiguos estatutos de 1820 y discutir las razones de su fracaso; pero cuando ya no se pudo más, los Estados se reunieron, y dotaron en el año 1832 al Brunswick del sistema constitucional.

La revolución de la *Hesse electoral* coincidió con la de Brunswick.

El elector Guillermo II, al revés del duque Carlos, no pensó en imponerse á su pueblo sino en salvar de su ruína todo lo suyo, pues para él que supo lo sucedido en París y en Karlsbad, era cosa corriente que el pueblo de Kassel trataría de desembarazarse de su mal gobierno. En su consecuencia, envió de prisa y corriendo á Kassel al hermano de la Reichenbach, con encargo de que enviara á Francfort á los hijos de su hermana junto con los objetos más preciosos del Palacio electoral.

Cuando los de Kassel se apercibieron de lo que